LA ISLA OXIDADA

Una isla en los confines de la tierra. Fedro juega a gestionar los tiempos y sus contradicciones en base a programar y estimular todos los resortes administrativos y legales de una empresa exitosa y productiva, afianzando un Consejo de Administración eficiente, cuidando, bajo método, un plan preciso de colaboración y estímulo empresarial.

Tulio habita una isla sin futuro ni pulsión vital, sediento y olvidado, incapaz de mantenerse un día más en un Consejo de Administración de papel. Ante sí, un océano de infinitos dramas. Se siente perdido y abatido, sin la perspectiva de una existencia mejor.

(Fedro y Tulio en dos puntos diferentes de escenario. Frontales al público. En un momento, observan el cielo y de la altura se desprenden dos cuerdas gruesas. Cada uno se agarra a una de ellas y una vez asidos miran el suelo con gesto apurado. Suena el graznido de una gaviota)

Tulio- (Tras un impasse) Fedro, son las ocho y cuarto.

Fedro - Siempre a las ocho y cuarto…las nubes se levantan, tralará. Oscuro.

(Fedro y Tulio se encuentran en una especie de islote bajo mínimos construido a base de arena y cuatro o cinco guijarros de pequeño tamaño. En el centro, una palmera hecha de metal. Fedro viste impecable y Tulio, claramente andrajoso. Fedro se encuentra sentado, apoyado en el tronco de la palmera, mientras repasa algunos apuntes. Tulio, aburrido o reflexivo, lanza piedras pequeñas a un hipotético océano)

Fedro - (Repasando las hojas) A las cinco, Consejo de Administración. El orden del día incluirá la situación de la Empresa. (Silencio). Perfecto. Allí estaré. (Con la mirada perdida) No se preocupe señor Lejanía, que llegaré puntual. La Señora Estrella del Cielo me lo ha comunicado vía e-mail para que no haya equívocos. (Sonríe. Baja las hojas y se coloca unas gafas oscuras) Y ahora, a descansar un rato. Estoy muerto, hastiado o felizmente casado, no lo sé. Creo que dudo hasta de mi buena suerte. En fin, invocaré a Morfeo y soñaré que subo a algún monte lleno de nieve. Eso sí, después, Consejo de Administración, corbata y pantalones plisados. Ítem, zapatos lustrados y ropa interior usada, olorosa, sudorosa y no renovada. Todo gran burgués tiene su lado oscuro, patético y contradictorio. No lo olvide nunca, amigo.

Tulio – (Se concentra en el lanzamiento constante de piedritas al amplio océano). Llevo diez días sin probar bocado. La nevera vacía, los armarios llenos de cucarachas y los niños, mis niños, con mocos rebosando los orificios de la nariz. (Mostrando decepción) No hay derecho. Una vida marginal lanzando piedras al mar y los peces que no se acercan. Si hay algún despistado, entonces sí, en la cabeza y a la cazuela. (Deja de lanzar piedras) Hoy, nada de nada. Ni siquiera se asoman para saludarme, sacarme la lengua y marcharse. ¡Maldito escualo! (Mirándose el ombligo) Mi estómago ya no existe. Se ha ido. Me abandona. Un desastre.

(Suena un teléfono móvil. Es el teléfono de Fedro. Busca en los bolsillos de la chaqueta y por fin lo encuentra)

Fedro - ¿Dígame? (Escucha) No…eso para mañana. Hoy no puedo. Mi agenda está repleta, saturada, lo siento. (Corta la comunicación) ¡Qué pesados son! Siempre llaman a la misma hora, con los mismos métodos e idénticas respuestas. La próxima vez miraré el número,

contaré hasta cinco, dudaré un poco y al final (lanza un suspiro), cogeré el teléfono porque tampoco puedo andar perdiendo facturación. (Vuelve a coger el teléfono, pero ya no tiene línea) ¡Me ha colgado!

(La luz de día que llenaba el espacio gana en intensidad. Tanto Fedro como Tulio comienzan a padecer el bochorno generado. Fedro se desajusta la corbata y se quita la chaqueta. Tulio se desabrocha los botones de la camisa desvencijada y enseña torso. Ambos muestran sofoco)

Tulio- ¡Qué calor tan intenso! ¡Ninguna posibilidad de sombra! (Se levanta. Mira al horizonte) Aquí nada me protege. A la intemperie, sin posibilidad de escape. Sin agua. (Para la acción. De un lateral recoge un vaso. Le queda un dedo de líquido. Lo mira) Sólo me queda este poquito de agua. Para dos meses. (Reacciona. Recoge agua del hipotético océano. Desliza el vidrio por la superficie. Lo lleva a la boca) ¡Está salada! ¡El agua está salada, no puede ser! (El vaso, vacío) No me queda líquido. ¡No me queda nada! (En ese momento se da la vuelta y de pie mira a Fedro, que continúa sentado, apoyado en el tronco de la palmera, agotado. Tulio le observa, pero no le dice nada. Mira el vaso). ¡Moriré de sed! (Rápidamente saca un teléfono móvil y marca. A Fedro le suena el teléfono. Mira el número. Duda. Al final, corta la línea. Tulio se queda frío) No quiere saber nada de mí. Pipipi…Pipipi…Nuevos tiempos, viejas costumbres.

Fedro- (Se levanta y se coloca en una posición favorable, ajustándose chaqueta y corbata, dejando las gafas colgadas de la palmera. Afina la voz) Vigésimo Consejo de Administración de la entidad financiera Morning & Please. En el despacho el calor es insoportable y todos los consejeros nos presentamos a la reunión descamisados y con el sudor penetrando por las axilas. (Fedro, lejos de denotar cansancio, muestra un talante más ejecutor) Señoras y señores ejecutivos: Me complace mucho reunirme con ustedes en el preciso momento en que nuestra empresa ha conseguido los más excelsos resultados de su historia: doscientos millones de euros. Han sido unos resultados magníficos, con unos dividendos tras el Cash-Flow que nos permitirán tener unos suculentos ingresos y unas merecidísimas vacaciones fiscales. Viviremos a cuerpo de rey y joderemos literalmente a todo bicho viviente, pobre y maloliente. (En ese momento, Fedro y Tulio quedan estáticos y mirando de reojo cualquier movimiento ajeno. Fedro, más calmado) Una sociedad rica es una sociedad sana, rubia, de pelliza y gomina. Y eso es precisamente lo que queremos conseguir: una sociedad eclesiásticamente fría, esbelta, renacentista y procreadora. (Silencio) Muchas gracias por sus sentidos aplausos.

Tulio- (De espaldas a Fedro levanta la mano, siempre con la mirada perdida en el horizonte) Señor consejero delegado: por mi parte le tengo que comunicar que mi decisión es irrevocable. No estoy de acuerdo con su memoria de balance. 200 millones no generan riqueza a nuestra bien amada Corporación, así que, sintiéndolo mucho, desde hoy dejo vacante este sillón ergonómico y cómodo. Alguien dijo que la dictadura de los despachos sería su objetivo, pero a mí me va la vida perra. Lo siento. Prefiero dormir en cualquier Gran Vía aunque el perro sea de peluche y no tenga piojos. Lo siento, prefiero volver a la vida perra (Continúa con el gesto perdido en el horizonte)

Fedro- (Manos atrás) ¡Señor consejero! Me indigna usted. Mi más fiel colaborador, mi consejero favorito, mi guía financiero, orador brillante, estigma de poder y gloria, además de esclavo sumiso, can sarnoso y piltrafa maloliente hasta caer en la indigencia intelectual. ¿Con ese bagaje, me dice que lo deja?

(Tulio se da la vuelta. Frente a Fedro, que se da cuenta y hace idéntico ademán. De pie. Mudos. Sin decirse nada. Tulio le mira algo extrañado, moviendo la cabeza ligeramente)

Tulio- No tengo agua. (Le enseña el vaso) Vivo en la indigencia y necesito ayuda.

Fedro- (Levantando los brazos) ¡Y a mí qué me dice! ¡No le conozco de nada! Iba caminando tranquilamente por la calle Street y me encuentro a un indigente pidiendo. ¿Por qué le iba a dar una limosna? Nadie me obliga a dársela y ni siquiera tengo tiempo para percatarme de que existe usted. No le conozco.

Tulio- (Le extiende el vaso vacío de agua) Sólo le pido un poco de agua. ¡Ni siquiera le pido conmiseración, señor!

Fedro- (Mira el reloj) Son las ocho y veinte. Mi nombre es Fedro. Para usted, señor Fedro.

Tulio- (Extiende el vaso) ¡Fedro, señor Fedro! Un poco de empatía ante un servidor anónimo de la gran rueda del mercado de la compraventa, del expolio capitalista y la violencia estructural de una sociedad injusta. Un poco de agua, alguna vianda, en pro de una sociedad más justa.

Fedro-. (Enfadado, pero sin intensidad. Vuelve a adecentar el porte personal) ¿Cómo se le ocurre hablarme de esa forma, dimitir del Consejo de Administración y además ser usted un pordiosero y un Crusoe de pacotilla?

Tulio-. (Se abrocha los botones de la camisa y se coloca una corbata que saca del bolsillo. Se calza unos zapatos brillantes que chocan con unos pantalones hechos jirones. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Fedro-. (La pregunta despista a Fedro) Dos años, seis meses y cuatro días. (Certero) Más diez horas y veinte minutos. Y tú sigues siendo un reputado miembro del mejor Consejo de Administración del mundo. No lo olvides.

Tulio-. Ya es la vigésima vez que dimito del Consejo de Administración. (Resignado) Ya no sé qué argumentar para irme de tu maldito Consejo sin que me reproches mi miserable vida y me recuerdes lo bello que es vivir bajo la dictadura de un despacho.

Fedro-. ¿Quieres seguir viviendo así, pobre y miserable el resto de tu vida?

Tulio-. (Se quita la corbata y se la da a Fedro) Tengo la garganta reseca. Y la voz cuarteada. Quería un vaso de agua para ser feliz y tu Consejo de Administración me lo prohíbe. Tú tan fuerte, tan fuerte, tan líder, y me dejas sin nada. ¡Pobre hasta la muerte!

Fedro-. (Haciendo un ademán) Ves mi imperio? (Silencio) Es enorme, gigantesco, inmenso. Soy Dios y tú eres un fracasado. (Le mira irónico) Te dejo que entres en mi universo de estrellas. (Le extiende la mano. Fedro continúa con la mano extendida hacia la posición de Tulio. Éste, frente a él, distante)

Tulio-. (Decidido) No! ¡No! Me quedo en mi tierra, en mi espacio, en mi isla. No quiero más tu Consejo de Administración. ¡Dimito de él y de todos mis cargos! Aquí te quedas, no pienso cambiar mi estilo de vida por cuatro miserables monedas. Me gusta ser un pobre malnacido, viviendo con unas putas monedas roñosas que me da algún rico al que le huelen los sobacos.

Fedro-. (Más irónico) Bueno, aquí tienes mi mano tendida y mi imperio bizantino. (Da la vuelta y se vuelve a sentar junto al tronco de la palmera. Descansa) ¡Buenas noches!

Tulio-. Buenas noches. (También se sienta en el tronco de la palmera y lanza piedritas al océano. Parece entrar en un momento de reflexión. Reacciona) ¿A qué hora es el Consejo de Administración mañana?

Fedro-. (Con naturalidad) A las diez. Mañana, diez puntos, tres anexos y ruegos sin preguntas. (Ajustando las gafas) Tercer asiento, segundo ventanal, moqueta verde. ¿Vendrás?

Tulio-. No sé. He dimitido. No puedo más.

Fedro-. (Sonrisa maliciosa) Si acudes al centro de decisión comercial más importante del mundo, que no se te olvide la corbata y lustrarte los zapatos. El último día parecías un pordiosero. Hay que dar ejemplo.

(El sol se ha ido y ha caído la noche. Un montón de bombillas pequeñas cubren la palmera, dando una sensación onírica y suave. Fedro descansa en la base de la barra metálica (palmera oxidada) con las gafas negras puestas. Tulio está de pie. De vez en cuando lanza un guijarro al océano. En un momento surge la bocina de un barco, pero no parece inmutarles. Una gaviota deja su sonido y un murmullo colectivo ocupa el espacio sonoro)

Tulio-. ¿Has oído? Parece que están cerca. (Nadie contesta) Seguro que han olido nuestra presencia y vienen en nuestro auxilio. Por eso, hoy es un gran día para el mundo: los náufragos han sido avistados y el mundo vuelve a ser de siete mil millones trescientas veinticuatro mil dos personas con derecho a existir, a visitar museos y a padecer gripes y estreñimiento. Al final, somos y estamos todos y todas. (Levanta el brazo derecho y mira con más pronunciación al horizonte). ¿Nos vienen a buscar? ¿Se han dado cuenta de nosotros? (Cada vez más pronunciadas las frases) Sí! ¡Somos dos! ¡Aquí, mi amigo y yo! (Impasse) ¡No se preocupen por él, o está pensativo o está reflexivo, o está dormido o está…muerto! (Se da la vuelta hacia Fedro) Ahora mismo le pregunto por su situación. (Va hacia Fedro. Le mira, se acerca, no le toca y reacciona rápido, volviendo a la posición original de pie y ante el horizonte). Me ha dicho que está reunido. Que todavía está reunido. Lleva cinco horas en el Consejo de Administración que él preside. En cuanto acabe, resuelve su situación y vuelve a colocarse ante el mundo. Dos ciudadanos menos no se notan en siete mil millones de habitantes que pueblan el planeta, así que hemos decidido morirnos para el mundo, uno rico, otro pobre, uno admitido y otro dimitido. (El buque parece alejarse con una sonoridad cada vez más tenue, mientras la gaviota musicaliza un último graznido. Queda el murmullo. Y del murmullo, la palabra)

VOZ DE FERIA-. (Se oye a lo lejos) ¡El tres! ¡El cinco! ¡El veinticuatro! ¡El treinta y seis! ¡El cuarenta y siete! ¡El cincuenta y uno! ¡Bingo!! (Vuelve la iluminación inicial. Música de atracción de feria) ¡Ha cantado y completado el bingo, señor! ¡Enhorabuena! (Silencio) Compruebe su cartón y los demás sigan jugando. La próxima vez será… para usted. ¡Y para usted! ¡Para todos y todas!

(Tulio saca un cartón de bingo y mira los números cantados. Al comprobarlos, comienza a mostrar una alegría contenida)

Tulio-. Creo que el cartón es mío. Los números son míos. (Sin exaltarse)

VOZ DE FERIA-. ¡Muy bien amigo! Aquí tiene su dinero. ¡Su maldito dinero! (Continúa musicándose el ambiente original de feria de atracciones. Tulio está tenso, mientras Fedro ni se inmuta)

Tulio-. ¿Cuál es el premio? Mis hijos quieren saber si les ha tocado algún patinete eléctrico, alguna tostadora o algún reloj digital. Sabe usted, lo digo por ellos. ¡Son niños!

(Comienzan a volar decenas de billetes que inundan el escenario, mientras Tulio levanta los brazos sin mucho ímpetu. Los billetes caen y se distribuyen por todo el espacio. Fedro parece despertar de su letargo. Se levanta y recoge un billete comprobando a la luz del día si es verdadero o falso. Tulio mira el mar inmenso de billetes, sin mostrar excitación o algo similar)

Fedro-. Este billete tiene curso legal. (Fija la mirada en su antagonista) Señor Tulio, veo que ha vuelto al Consejo de Administración. Un acierto. Miles de estrellas nos rodean y millones de euros llenan las arcas de nuestra Corporación. Ha sido un acierto por su parte que decidiese reincorporarse al Consejo. Los resultados no hay más que verlos. (De espalda a Tulio) Está usted contento? (Le extiende la corbata) Póngasela. Hoy estamos de enhorabuena.

Tulio-. (Coge la corbata y se la coloca de manera irregular) ¿Fedro?

Fedro-. ¿Sí?

Tulio-. ¿Fedro?

Fedro-. ¿Qué quieres?

Tulio-. ¡Fedro, la hora!

Fedro-. Todos los días a las ocho y cuarto me recuerdas lo mismo.

Tulio-. Esta vez va en serio.

Fedro-. ¿Y las otras veces?

Tulio-. Eran momentos. Ya sabes, todo pasa y vuelve. Proust tenía razón cuando se tomaba el té con la magdalena. Volvemos a recordar nuestra niñez.

Fedro-. Vuelve la vida.

Tulio-. (Hacia la posición de Fedro) Tenemos de todo: cielo, árboles, unas vistas al mar magníficas, riqueza y pobreza, pájaros, barcos, gente, y hasta un Consejo de Administración con dinero que nos llueve del cielo y de vez en cuando, fíjate, algunas veces, pasamos sed, hambre y calamidades. Lo tenemos todo, Fedro.

Fedro-. (Sin las gafas y aligerando la presión de la corbata. Se quita la chaqueta. La lanza al océano) Una vida ejemplar. (Mira el reloj) Ahora son las ocho y cuarto. Los niños ya tienen su reloj digital y su patinete barato.

Tulio-. Me voy.

Fedro-. (Lanza pequeño aplauso. Seco) ¡Bravo por su originalidad, señor consejero delegado! Todos los dividendos son para usted. Enhorabuena. Ahora, como siempre, a las ocho y veinte, dimita y váyase. Usted no era más que una franquicia venida a menos, con las manos curtidas de niños y niñas trabajando de sol a sol para que jóvenes con pelliza vistan pantalones con olor a miseria mientras recorren nuestras ciudades.

(Sale una voz a modo de aviso en off de Centro Comercial, manteniendo el mismo tono neutro) Ding Dong. ¡Señor Tulio! ¡Señor Tulio! Si quiere una vida mejor coja el pasillo, todo recto y a cincuenta metros tuerza a la derecha. Gracias

(Tulio duda. Se descalza. Mira al frontal. En unos segundos, atrevido, coloca los dos pies fuera de la estructura-isla. Queda estático. Fedro, de espaldas, no se mueve. Ni un gesto)

Fedro-. Dejaremos vida y miserias para otros. Volveremos a nuestra propia incapacidad para saber que, en definitiva, viviremos siempre en apenas un par de metros cuadrados. Creeremos pisar lo infinito, la libertad sin marcas ni matices, para después volver a descubrir que, a pesar de todo, sólo seremos capaces de recorrer un par de metros antes de llegar al punto de partida: a la nada. Y en nada nos quedaremos.

(Fedro marca un silencio significativo. Tulio sigue estático, fuera de la isla. Su posición es idéntica la de la escena preliminar. Vuelven a encenderse las bombillas de la palmera. El graznido de una gaviota rompe este silencio. El sonido de un barco que se acerca va intensificando su presencia. El volumen sonoro hace suponer que el barco está a pie de isla. Surge el murmullo estridente de un gentío también cercano y amplificado. El sonido general se torna caótico y estridente. Ni Fedro ni Tulio se inmutan.

VOZ 1.- Señora, cómpreme unos calcetines. ¡Se los dejo baratos!

VOZ 2.-A mí póngame una cerveza. ¡Negra, por favor!

VOZ 3.- ¡Pero apártese de ahí, imbécil! ¡No sabe que molesta!

VOZ 4.- ¡Y seremos felices toda la vida, amor! ¡Nuestros hijos heredarán la tierra!

VOZ5.-Oiga, ¿es suyo este perro? Me está mordiendo la pierna

VOZ6.- Tome, tome cinco euros y cómprese un bocadillo. ¡Un bocadillo!

VOZ 7.-Hoy no tengo tiempo. Mañana, quizás.

VOZ 8.- ¡Sálvese quien pueda! Y quien pueda, que se salve o muera en el intento.

(Van surgiendo textos y frases que adolecen de sentido e inteligibilidad. Sonido directo del barco, que poco a poco va perdiendo fuerza y que en un momento parece alejarse de la isla, lo mismo que la palabra va dando paso otra vez al murmullo. Con el silencio, Fedro se ha levantado y coloca los dos pies fuera de la isla oxidada. Ambos, de espaldas. Comienzan a caminar por el hipotético océano y en un punto cesan en el recorrido. Frente al público.

Fedro-. Ya estamos liberados.

Tulio-. Parece que estamos liberados.

Fedro-. La sociedad nos ha abandonado a nuestra suerte.

Tulio-. Efectivamente, ya no hay nada que hacer.

Fedro-. Sólo nos queda la isla. Nuestra preciosa y preciada isla.

Tulio-. (Mira la estructura) Un poco lejos.

Fedro-. (También observa la estructura) Ahora que lo dices, un poco lejos, sí.

Tulio-. A nado no llegaríamos nunca. En el esfuerzo, pereceríamos.

Fedro-. Y ya no queda nadie que nos auxilie. Todo el mundo se ha ido.

Tulio-. ¡Menos el maldito pájaro! (Señala con el dedo al cielo y surge el graznido de la gaviota)

Fedro-. No podría con los dos. Pesamos mucho.

Tulio-. No hay nada que hacer.

Fedro-. Tú, pobre.

Tulio-. Y tú, rico, muy rico.

Fedro-. En medio del océano. Ni a babor ni a estribor

Tulio-. Ni para arriba….

(Miran al cielo los dos. Levantan los brazos esperando unas cuerdas que no llegan. Se lanzan un último guiño cómplice. Al unísono, mirada hacia las profundidades. Al compás, otean el frontal)

Tulio-. Fedro?

Fedro-. Tulio?

Tulio-. Creo que me voy al fondo….

Fedro-. Tulio…

Tulio-. Fedro…

Fedro-. Creo que yo también me voy al fondo (Se va la iluminación)

(En el escenario, la barra de hierro en forma de palmera sólo conserva una pequeña bombilla, iluminándola. En unos segundos, el graznido de la gaviota cierra la escena. Al volver la iluminación general, dos cuerdas ocupan un espacio que está vacío)